

SOBRE EL VINO Y LA BODEGA DEL SIGLO III A.C. DE LA SIERRA DE SAN CRISTÓBAL, EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA (CÁDIZ)

Diego Ruíz Mata

Peripecias Libros, Colección Historia de la Vinatería
Jerez de la Frontera 2020
ISBN: 978-84-121228-4-1

El profesor Diego Ruiz Mata, catedrático de Prehistoria y maestro de varias generaciones de arqueólogos -a quienes va dedicada la obra-, nos convida a una excelente cata dirigida, para degustar con él ciencia y paladear su magisterio. Embotellado debidamente, etiquetado con sumo gusto por *Peripecias Libros* y preparado para distribuir al gran público en la *Colección Historia de la Vinatería*, este gran reserva de 277 páginas hace ya las delicias

de quienes lo hemos podido saborear.

Una obra de estas características solamente puede fluir de la pluma de quien tiene un amplísimo conocimiento de la realidad histórica del Mediterráneo, desde su propio origen, entendido claro está en sentido cultural. El mar que vio nacer esta bebida que los dioses regalaron a los mortales, y que lo hizo transitar de oriente a occidente de la mano de los héroes, es el vehículo que nos guía en la lectura. El “líquido inmortal” que nos hace inmortales, es estudiado atendiendo a todas las fuentes: artísticas, documentales y arqueológicas. Se analiza tanto su producción a partir de los testimonios materiales e iconográficos de su fabricación, como su transporte y almacenaje, o su consumo en banquetes y simposios, divinos y humanos.

El vino, “sangre de cepas” en recientes palabras del autor (Ruiz Mata, D. (2019): *La Bahía gaditana en el origen de Occidente. Cien temas que ayudan a explicarlo*. Diputación de Cádiz, Cádiz, 65) es necesario en el ámbito de lo social, pero también lo es en el de la religión y las creencias, pues nos permite comunicarnos con el más allá, situarnos junto a los dioses y adquirir la valentía necesaria como para mirarles a la cara. Por eso nos acompaña en las celebraciones rituales, tanto de vida como de muerte, y por eso tiene una importancia principal conocer su historia, pues no es sino la del hombre, esencia misma de la civilización (Brun, J.-P. (2003): *Le vin et l’huile dans la Méditerranée antique. Viticulture, oléiculture et procédés de fabrication*. Errance, París, 7). De hecho, para los que lo bebemos, esta lectura debe convertirse en un ejercicio obligatorio: un maridaje perfecto. Y es que lo que se conoce en profundidad se disfruta aún mucho más.

El propio diseño del índice, lo envolvente de las preguntas que el autor lanza de inicio y que va respondiendo a lo largo de las páginas, facilitan una lectura ágil y amena. Cualquier investigación que se precie ha de partir de la formulación de preguntas pertinentes. A estas se debe dar respuesta mediante la definición de una serie de presupuestos teóricos y de la ejecución de una adecuada metodología. Así es como el autor maneja los datos; de forma concisa, clara y con todo el rigor exigible, algo que sólo está al alcance de quien domina profundamente un tema. En cuanto a la edición, cabe referir que el texto se acompaña de láminas y fotografías que ilustran con exquisitez cada uno de los temas que se abordan.

Partiendo de unos capítulos iniciales dedicados a introducir la obra, sentando las bases sobre el origen de esta bebida tanto en oriente como en occidente, el profesor Ruiz Mata pasa en los siguientes apartados a la revisión exhaustiva de las principales fuentes. En el capítulo IV se analiza la documentación textual: en primer lugar, se examinan las suculentas fuentes orientales, principalmente las ugaríticas, tan cercanas a las fenicias, que recogen datos sobre cuestiones técnicas (viñedos, podas, vendimia o prensado) y hasta sobre la procedencia de los mostos, en lo que resultó una pionera “denominación de origen”. Posteriormente será el vino griego, tratado desde una perspectiva necesariamente amplia, quien ocupe un lugar principal. En este capítulo celebramos el enorme esfuerzo de síntesis del autor, pues se trata de un tema muy fecundo (por ej. Amouretti, M. C. y Brun, J.-P. eds (1993): *La Production du vin et de l’huile en Méditerranée*. École Française d’Archéologie, Atenas ; y Brun, J.-P. (2004): *Archéologie du vin et de l’huile, t. I : De la Préhistoire à l’époque hellénistique*. Errance, París) que se resuelve de manera sucinta y brillante en unas pocas páginas, de Homero a Teopompo entre “hospitalidad, amistad, arte y filosofía” y atendiendo también al reflejo arqueológico. Después será el texto bíblico, los acertadamente llamados “vinos de la Biblia”, los que serán examinados con precisión.

A partir de aquí el protagonismo recaerá en los agrónomos antiguos: Magón el cartaginés, y sus “discípulos” latinos Varrón, que afirmó del primero *Uerum tamen ut carthaginiensem Magonem rusticationis parentem maxime veneremur* (*Rerum Rusticarum libri I*, 1.13) y el gaditano Columela, que del cartaginés tomó buena parte, entre otras cosas, de sus conocimientos sobre el cuidado de la viña (*De Re Rustica*, III, 15, 4). Este último, cuya familia poseyó tierras en la campiña situada entre Jerez y el Puerto, dejó un detallado tratado de viticultura ampliamente referido en el libro que nos ocupa, y junto a los citados escritos de Magón, hubo de conocer de primera mano todo lo referido a la producción y el consumo de vino ya en su lugar de origen, de fuerte perduración cultural púnica aún tras la conquista romana.

Manteniendo la misma exigencia y exhaustividad en el análisis de la documentación, el capítulo V abarca otras fuentes, los “ejemplos visibles” en palabras del autor, que recogen información sobre algunos de los yacimientos prerromanos más importantes para estudiar tanto la producción de vino como su consumo en la península Ibérica. Desde ahí, en lo que conforma prácticamente un segundo bloque, Diego Ruiz Mata nos lleva a su terreno, a su campo de estudio principal: la bodega completa más antigua conocida, emplazada en la Sierra de San Cristóbal. Pasamos con ello a la fase más original de la cata, la gustativa, donde con pequeños sorbos nos introduce en el sabor del vino de su propia cosecha.

En los siguientes capítulos, VI y VII, mirando a través de nuestra copa a modo de lupa, escudriñamos los yacimientos de la Sierra de San Cristóbal y el Castillo de Doña Blanca, que pasan a convertirse en un laboratorio de análisis empírico, pues empírica es nuestra ciencia arqueológica. El lector en este punto disfruta del privilegio que supone caminar junto al director de las excavaciones para recorrer la bodega, los lagares, los hornos y los materiales exhumados durante las campañas que allí desarrolló desde 1991. Junto a estos elementos materiales, destacamos las informaciones relativas a la documentación de espacios sagrados, estableciendo, desde el estudio de lo tangible, un claro vínculo entre el vino y el culto religioso.

De clara adscripción fenicia, Ruiz Mata pasa a describir con minuciosidad tres espacios sagrados; tanto el área sacra dedicada a una deidad relacionada con el vino como otros elementos de culto semita, caso de los betilos o del altar del llamado “ámbito XV”. Es este un aspecto que nos resulta particularmente interesante, pues erigir una bodega en lo alto de una sierra -recordemos el topónimo de “Las Cumbres” empleado también para este yacimiento- (Ruiz Mata, D. y Niveau de Villedary, A. M. (1999): “La zona industrial de Las Cumbres y la cerámica del siglo III a.n.e. Castillo de Doña Blanca-El Puerto de Santa María, Cádiz”. En *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena 1997, Murcia, pp. 125-131) no es quizás lo más práctico y rentable. Conlleva trasladar la uva, y una vez producido y envasado el vino, transportarlo desde allí al llano para su distribución por tierra y mar. Sólo cabe justificar este emplazamiento precisamente por el papel de la divinidad rectora: el vino es una bebida sagrada que se ha de producir con celo en un lugar sagrado, bajo la protección y el cuidado de los dioses. Algo similar sucede en la Illeta dels Banyets de El Campello (Alicante), donde se produjo vino en un espacio muy singular (Martínez Carmona, A. y Olcina Doménech, M. (2014): “El vino en la Contestania en época ibérica. Los lagares de la Illeta dels Banyets”. *El vino en Alicante*. Diputación de Alicante-MARQ, Alicante, pp. 18-25), una pequeña península a la que había que trasladar la uva

desde cierta distancia para que fuese convertida en vino, eso sí, en unos lagares jalonados de templos y estructuras religiosas que aseguraban la calidad *divina* del producto final (Olcina Doménech, M.; Martínez Carmona, A. y Sala Sellés, F. (2017): “La Illeta dels Banyets de El Campello. Algo más que un *unicum* ibérico”. En Prados Martínez, F. y Sala Sellés, F. eds, *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica*. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos-Universidad de Alicante, Alicante, pp. 257-284)

Por último, se dedica un breve apartado al abandono de la ciudad sin nombre antiguo, pero internacionalmente conocida gracias a los trabajos de Ruiz Mata por el de Castillo de Doña Blanca. En esta vieja ciudad fenicia documentó también el autor unos lagares, coetáneos a los de la Sierra, emplazados de nuevo junto a otro espacio religioso. Su destrucción parece ligada a los acontecimientos que sucedieron tras el desembarco de Amílcar Barca en Cádiz en el 237 a.C. y que llevaron a la guerra con Roma. Fue esta última potencia mediterránea, en opinión del autor que compartimos absolutamente, pues está fundamentada en la documentación arqueológica, la que asoló la ciudad castigando su “fidelidad a Cartago”.

En el capítulo VIII vuelve al Castillo de Doña Blanca, yacimiento cardinal de nuestra Prehistoria reciente, pero ya para ocuparse de los conjuntos de envases documentados, preparados para el transporte. Con la citada descripción del registro anfórico, el profesor Ruiz Mata abandona el mundo de la producción fenicia y púnica de vino y se concentra en el consumo, revisando la información existente sobre las celebraciones, los simposios y banquetes, así como su utilización en los rituales funerarios. Ni que decir tiene que, una vez más, el autor exhibe un magnífico dominio de las fuentes orientales y de la literatura clásica.

A modo de anexo final, se trata el complejo tema de la *marzeah*, de controvertida y difícil interpretación, vista aquí como una institución dedicada a varios dioses, y otras veces como rito funerario o banquete celebrado en contexto religioso, que procuró lazos de unión de carácter sacro, sin que participasen en él las divinidades directamente (Núñez Calvo, F. (2020): “Reflexiones sobre la naturaleza de la *Marzeah* en la Edad del Hierro”. En Gómez Bellard, C., Pérez-Jordá, G. y Vendrell Betí, A. coords, *La alimentación en el mundo fenicio-púnico. Producciones, procesos y consumos*. Spal Monografías XXXII, Sevilla, pp. 321-334).

Así, con estos apartados finales que vienen a enriquecer aún más si cabe la obra, como el dedicado al reciente hallazgo de un lagar fenicio en las proximidades de Sidón, el libro concluye -de Sidueña a Sidón, si se me permite el guiño (el pago de Sidueña se sitúa a los pies de la Sierra de San Cristóbal, donde se emplaza el Castillo de Doña Blanca)- con una portentosa bibliografía. Por ello el

volumen es también un excelente documento de trabajo, en absoluto exento de buen gusto literario, lo que en nuestra opinión es un mérito más del autor. Ello no es sino reflejo de su vocación docente y de su elevado nivel de exigencia.

Lo que tenemos entre manos es una obra llamada a perdurar, a convertirse en un manual de consulta frecuente, de los que, por desgracia, nuestra disciplina adolece últimamente, especialmente en nuestro país. La celeridad de los tiempos, la excesiva gestión y la docencia universitaria, así como los actuales criterios de evaluación de los resultados o de la calidad de nuestra investigación por parte de las agencias *independientes*, dificulta la realización de estos ejercicios de alta divulgación, tan costosos como necesarios, y tan celebrados por estudiantes, profesores y, en general, por todo el público interesado.

Para concluir, permítanme añadir que, si el profesor Ruiz Mata habla de la “bebida inevitable”, este libro también está llamado a serlo. Una perfecta vianda para acompañar al consumidor de un buen vino en el antes, en el después, y por qué no, en el durante, si la naturaleza del caldo y la tranquilidad del momento lo permiten, claro.

Prof. Dr. Fernando Prados Martínez
Instituto Univ. de Investigación en
Arqueología y Patrimonio Histórico (INAPH)
Universidad de Alicante

**DE MORADAS DEL SEÑOR
A BODEGAS: PLANIMETRÍA
HISTÓRICA Y TRANSFORMACIÓN
URBANA EN EL PUERTO DE
SANTA MARÍA**

Antonio Sánchez González

Nuevos retos internacionales del vino en Andalucía.

CIVA, Congreso Internacional del Vino en Andalucía, 2.

García Barroso, C. y Ceballos Moreno, M. (eds)

Academia Andaluza de Ciencia Regional
Diputación de Cádiz, 2019, pp. 351-367

ISBN: 978-84-09-14495-2

El trabajo objeto de esta recensión es uno de los más de treinta que integran la publicación *Nuevos retos internacionales del vino en Andalucía*, que materializa las aportaciones presentadas por distintos especialistas al I Congreso Internacional del Vino en Andalucía en cuya organización participaron la Academia Andaluza de Ciencia Regional, el Instituto de Investigación Vitivinícola y Agroalimentaria (IVAGRO) de la Universidad de Cádiz y el Círculo de Artesanos de Sanlúcar de Barrameda.

Entre los días 13 y 15

de septiembre del año 2018, investigadores, técnicos y especialistas de universidades españolas, europeas y latinoamericanas; centros de investigación, Consejos Reguladores y Administración, y empresarios, hasta superar la centena, reflexionaron sobre el tema que dio título al encuentro. Las conclusiones de dichas intervenciones han sido recogidas en dos publicaciones que vieron la luz el pasado año 2019: *Actas del Congreso Internacional del Vino*, con el resumen del desarrollo del congreso y sus actividades, y *Nuevos retos internacionales del vino en Andalucía*, con las investigaciones y aportaciones científicas y técnicas al congreso.

Es en este último volumen, integrado por más de treinta comunicaciones, donde se incluye el estudio del profesor Antonio Sánchez González que aquí tratamos.

No podemos reseñar ningún trabajo del profesor Sánchez González sin mencionar su importante labor archivística y su especialización en materia diplomática y documental, pues no en vano ha sido, durante dos décadas (1980-2000), director del Archivo y Biblioteca Ducal de Medinaceli y de la Fundación Casa Ducal de Medinaceli. Igualmente es el responsable de la puesta en marcha del archivo de la Universidad de Huelva, donde desarrolla su labor profesional e investigadora desde que abandonara el archivo nobiliario.

Igualmente, y por el mismo motivo, es un buen conocedor de la historia de El Puerto de Santa María, fundamentalmente durante la época en que dicha ciudad vivió bajo el dominio señorial de los señores de la Cerda. La ciudad portuense le debe algunas importantes publicaciones relativas a la época señorial de la ciudad (entre los siglos XIV y XVIII) y muy especialmente al periodo colombino. Es también esta la razón por la que ha sido y es un importante colaborador con *Revista de Historia de El Puerto*.

“De moradas del señor a bodegas: planimetría histórica y transformación urbana de El Puerto de Santa María” trata fundamentalmente de la presentación y estudio de algunos planos de El Puerto, muy interesantes y de notable calidad, que forman parte de los fondos del Archivo de la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, concretamente de la sección documental “Mapas y planos”, creada en 1890 y que actualmente casi alcanzan el millar. Algunos de ellos representan el Castillo de San Marcos y el conocido como Palacio Ducal, que fueron en su día morada de la familia del duque. Ambos lugares, en una época más tardía y sin vinculación ducal, fueron convertidos en bodegas y, por tanto, variaron la fisonomía del entorno urbano.

Hemos de recordar igualmente que Antonio Sánchez González es miembro del equipo de investigación HAR2013-41500-P del Ministerio de Economía y Competitividad y, como tal, conocedor del fondo mencionado y autor de importantes estudios y catálogos publicados sobre planimetría y cartografía cuya bibliografía puede ser consultada.

Los fondos del Archivo Ducal de Medinaceli en su conjunto constituyen un material imprescindible para el estudio de la historia de El Puerto de Santa María, fundamentalmente en épocas medieval y moderna y, por supuesto, para la comprensión de la evolución urbana y la fisonomía de la ciudad. Los duques fueron señores y protagonistas de esta población durante siglos y, a lo largo de generaciones, acumularon un patrimonio inmenso que ha quedado recogido en su colosal archivo.

La colección “Mapas y planos”, nos recuerda el profesor Sánchez González, de notable valor histórico y también artístico, abarca desde los siglos XV-XVI hasta el XX, abundando el material de los siglos XVIII y XIX. En su mayor parte a tinta sobre papel y coloreado a la aguada, como queda reflejado en los bellos ejemplares de El Puerto; y suelen llevar la escala y alguna leyenda. Los ámbitos, tanto temáticos como geográficos, son extensos y variados.

El artículo que recensionamos se ocupa también de otras generalidades de la colección, de su procedencia, también variada, características y ubicación actual de la misma.

En el caso de los planos de El Puerto de Santa María, la colección está formada por series que recogen castillos y fortificaciones, conducción de aguas, edificios religiosos, palacios, campiña, etc. Entre ellos destacan algunos de verdadero interés para la ciudad y de indudable calidad estética como son uno de la conducción de aguas a la ciudad con una panorámica de la villa al fondo (s. XVIII) y otro de la bahía de Cádiz y el fuerte de Santa Catalina (s. XVII). Ambos son acuarelas que, aunque sencillas, ofrecen una idea muy completa del paisaje tanto rural como urbano y destacan los edificios más importantes de la misma, todos, por supuesto, vinculados a la casa ducal. Pues lógicamente las obras ducales quedan acentuadas sobre el resto.

Pero los dos dibujos que recogen claramente la planimetría de edificios que sirvieron de morada y residencia a los distintos duques son: una planta el Castillo de San Marcos (1618-1620), primera residencia de los duques y en la que éstos realizaron obras de reforma en los siglos XV-XVI y XVIII, seguramente ejecutadas de acuerdo al plano mencionado; un bonito dibujo de la fachada de la

que pudiera haber sido residencia de los señores de El Puerto en el siglo XVI, que consecutivamente fue vivienda de Diego de Valera, cárcel, casa del corregidor y aduana ducal y que ostenta el escudo de la casa. Y la planta del conocido ya como palacio ducal (1709) entre las actuales calles de Palacio y San Bartolomé. Este croquis ya recoge el plano de un gran edificio. Por último, los magníficos dibujos de planta y alzado del majestuoso proyecto del arquitecto Vicente Acero que no llegó a concluirse, de 1724, y que pretendía transformar el inmueble antiguo ya deteriorado.

Esta obra señorial, como así reflejan los diseños del proyecto, no llegó a materializarse pues la cuantía del presupuesto resultaba muy elevada, pero, además, ya por esa época, los duques de Medinaceli perdieron el señorío de El Puerto (1729) en tiempos de Felipe V.

De estos planos y dibujos nos interesan en este contexto los del Castillo de San Marcos y los del palacio ducal pues son los dos inmuebles que, con el paso de tiempo, acabarían convertidos en bodegas, al menos en parte.

En el primer caso, tras varios cambios de propiedad, el edificio pasó a mediados del siglo XX a la firma bodeguera Luis Caballero. El edificio, el más antiguo de la ciudad, constituye la marca distintiva de la firma que se hizo cargo de recuperar una bodega anexa, actualmente en uso.

Por lo que respecta al segundo edificio, mediado el siglo XVIII prácticamente había desaparecido. También tras pasar por distintos títulos de propiedad, acabó convirtiéndose en una bodega de nueva construcción (Diego Filguera, 1846), perteneciente a la firma Lustau. Actualmente el Grupo Caballero forma parte también de esta empresa bodeguera.

Hay que reseñar, no obstante, que ambos cascos bodegueros tienen actualmente un papel más emblemático que industrial, pues en el caso del castillo la bodega se utiliza principalmente para eventos, aunque contiene un conjunto de botas, y en el segundo de ellos no tiene uso desde hace años, avanzando su deterioro y encaminado a convertirse, si resiste, en un edificio con un uso diferente.

El estudio que recensionamos tiene un doble aliciente pues, por un lado, nos muestra y detalla un conjunto de documentos gráficos de gran interés para la historia de El Puerto de Santa María y, por otra parte, evidencia cómo a través del tiempo, el cambio de utilidad o uso de los edificios o sus reposiciones, marcan la transformación urbanística y paisajística de las ciudades.

Aunque el estudio lo deja claro, quisiera reparar en que no nos dejemos distraer por el título (que entiendo literariamente muy acertado), pues, en ninguno de los dos casos son las viviendas ducales las que pasan a convertirse en bodegas, sino que es un edificio y prácticamente un solar, en el segundo de los casos, los que con el paso del tiempo amplían y cambian su dedicación, en el mismo lugar y con edificaciones diferentes.

Finalmente, aunque el estudio de estos edificios ha sido abordado por otros investigadores, como el autor recoge cumplidamente en las notas y bibliografía, el punto de vista y dominio del profesor Sánchez González tanto del conjunto documental como de su tipología y la minuciosa explicación del mismo le otorga un valioso interés a este trabajo. Y le agradecemos, una vez más, este brindis a la ciudad de El Puerto, cuyo aprecio está demostrado.

Mercedes García Pazos
Historiadora del Arte

“LA LUZ TAMBIÉN OSCURECE”
Una historia de la fotografía de El
Puerto de Santa María.

José A. Tejero Lanzarote

Suroeste, 2020
ISBN: 978-84-122907-0-7

Su autor, José Antonio Tejero Lanzarote es amigo mío. Lo digo porque pude traslucirse en esta recensión un cierto tufillo de parcialidad. Pero lo cierto es que estamos ante un libro que invito a leer. Nunca se había hecho una historia de la fotografía en esta Ciudad. Es un tema ciertamente virgen. Cada capítulo es un ensayo

y una sorpresa. La historia de la fotografía es la suma y recuento de muchas sorpresas, una detrás de otra. Para su descubrimiento tuvieron que darse muchos elementos técnicos y descubrimientos científicos, absolutamente necesarios, a lo largo de varios siglos, pero todos con la complicidad de la luz. La luz, como materia prima, que dice su autor. La historia de la fotografía es la de las sorpresas, la del desconcierto, la admiración, el estupor, las maravillas, el pasmo y el sobresalto.

Ingenuamente, mis compañeros y yo nos sorprendíamos, por ejemplo, en el Colegio de los Maristas de Bonanza, cuando, entornadas las contraventanas, por las rendijas, veíamos, en el techo, la entrada de los barcos por el Guadalquivir, a la gente descargando la pesca, a los carros con el pescado, a la gente en movimiento. Y no sabíamos que ya, en el XVIII estuvieron de moda los cosmorama, la linterna mágica, la cámara oscura o, después, la cámara lúcida. Y también los dioramas, las fantasmagorías o los mundonuevos. Pero para nosotros fue una sorpresa.

Cuando yo era pequeño, mi abuela Aurora y Candelaria Leal, cada una por su lado, me contaban que, de niñas, contemplaron, en la calle Santa Clara, el fenómeno de Almendritas. Resultó que Manuel Almendritas, era un viejo asmático que, por su dolencia, no podía ni acostarse en la cama. Durante años y años estuvo sentado en un cierro alto de su casa, aspirando continuamente cocimientos de hierbas y vapores, que lo dejaron finalmente impreso en un cristal del cierro. Y muerto Almendritas, siguió impreso en el cristal. Todo el mundo, me relataban, iba a ver a Almendritas y la familia tuvo que quitar el cristal y sustituirlo por otro. Pero quedó en boca de todos el dicho de que “Te vas a quedar como Almendritas” para quien estaba mucho tiempo parado en un mismo sitio. Pues bien, la impresión del retrato de Almendritas en el cristal es otra sorpresa, tal cual la de Niépce y Daguerre, cuando se vieron sorprendidos en 1826 con aquella imperfecta fotografía de la “vista desde la ventana”. Y experimentando y experimentando, sorpresa, tras sorpresa, Daguerre terminó por difundir su procedimiento de fijar imágenes en 1839, que se conoció como daguerrotipo.

Pero el daguerrotipo no permitía multiplicar las imágenes, esto es hacer copias, y sorpresa, tras sorpresa, fueron hallándose el negativo en papel o en vidrio al colodión, reduciéndose el tiempo de exposición a varios segundos y mejorando en la nitidez.

Pues bien, José Antonio Tejero nos deja explicadas las técnicas de la heliografía, del daguerrotipo, del calotipo, de la albúmina, del colodión, del gelatino-bromuro o de los procesos de color...

Y, sorpresa, tras sorpresa, José Antonio Tejero va desgranando la historia de la fotografía y cómo en nuestra Ciudad se va implantando, desde aquel peripatético polaco, el Conde de Lipa, estante y habitante de El Puerto, donde nace una hija suya, y donde, además de práctico fotógrafo, se dedica a ser maestro de esgrima, especialidad de florete, hasta nuestros días, pasando por los profesionales, los aficionados, que los hubo y hay muchos y buenos, hasta hoy mismo; da un repaso al fotoperiodismo portuense; pasa revista a los estudios fotográficos que hubo y hay en nuestra Ciudad; se detiene, es lo lógico, en Jean Laurent, en Rafael Rocafull, en Justino Castroverde y en “Quico”, Francisco Sánchez Pérez, a quienes debemos importantes colecciones de vistas de El Puerto; o nos regala la impresionante y escogidísima galería de imágenes que nos deja anonadados y nos sugiere cada una algo tangencial y ajeno a lo que nos presenta:

Por ejemplo, la del Conde Lipa, me sugiere, algo tan distante, y tan distinto, como el recuerdo de José Luis Benjumeda Molleda “el Neno”, Marqués de Pezagua, con su título de pega.

O la fotografía de la bodega de Mora, de Rocafull, que me evocan a aquel director de la Banda Municipal del que se decía que “ahí viene Rocafull perseguido por su banda”, o que se llamaba “roca por el padre y Fu por la música”, haciendo un ademán de soplar.

Así, la del niño tirándose al Guadalete, desde el puente de San Alejandro, me recuerda el poema de José Luis Tejada “el niño del marinero”; o la de los salineros con sus grandes rastrillos de majagua, los versos de Fernando Villalón:

En las salinas del Puerto
se encarga a los salineros
las garrochas de majagua
que gastan los mozos buenos.

O la del toro del aguardiente me evoca aquella historia que contaban mi abuela Aurora y Doña Consuelo Máiquez, abuela de mis amigos los García Máiquez, de un tal Alejo, aquel que a finales del siglo XIX fue muerto por el toro del aguardiente en la puerta del Bar Apolo en la calle Palacios.

O las de Jean Laurent, me recuerdan al ascensor del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, quinta planta, donde conocí al Director de la Fototeca Nacional, en la que está toda su colección en el archivo Ruiz Vernacci.

Y la del puente colgante sobre el Guadalete, la lápida que hay en el Patio de la Prioral, donde se recuerda a las 111 víctimas, allí enterradas, del día de la inauguración del anterior puente colgante, incluido clero, autoridades y pueblo llano, cuando la tabla del puente cedió y todos cayeron al agua.

O la de Ramón Masats, en la calle de la Misericordia, con aquel hombrón transportando en la cabeza una espuerta, las niñas del colegio de las Esclavas y un intuido carrillo de chucherías del Chato Paterna, donde yo compraba aquellos adolescentes Chesters de contrabando o las pipas de girasol tostadas cuando iba al Cine Macario; y la “Bodeguilla” de González Rico, donde despachaban el vino a granel y embotellado de la etiqueta “Cualquier cosa”, para los indecisos a la hora de pedir al camarero.

O a los García de Quirós, en el Rancho Pernita, aventando garbanzos, en la fotografía de la portada.

O la de las muchachas sentadas en un tronco, en que está en centro la madre de los Estéban Poulet, y las hermanas del Quico, que entolaban mantillas, o a Gumersinda “Sindita” propietaria del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe.

Me encanta adivinar a los retratados y acertar. En la fotografía de los niños de primera comunión, están a la izquierda Pepe y a la derecha Francisco, los hijos del Quico. O acordarme de “EL Patillas” policía que detuvo al Arropiero y recordar al entrañable Don Conrado Gallardo Roch, a quien nombraron Juez especial para toda España, con motivo de los crímenes de ese sujeto.

O a Alberto Shommer, en el retrato de Alberti, de la serie “Máscaras”, que me recuerda a cómo en el año 14, Carmen Garrido me coló por la cara en el Museo del Prado para ver la exposición, sin guardar cola.

O a Merengue, el guardia municipal, con media lengua, al ver la foto de su nieto en el Reñidero de pollos.

O al toro de Manolo Prieto cuando veo a Félix Tejada Prieto con sus hijos en el taller donde se fabricaron esas carátulas imponentes de la españolidad.

O las cuevas cantera de la Sierra, monumentales, adonde yo iba muy joven con Javier Renedo y con Faelo Poulet y, luego, han sido motivo de admiración y conversación de todo el mundo y objeto de los desvelos de Diego Ruiz Mata.

O el retrato de Jorge Roa y Fito Carreto, que me trae a la memoria el pie de foto del Diario de Cádiz, cuando se halló un feto en la orilla de Valdelagrana: “Foto del feto. Foto Fito”.

La de Juan y Pepe los del vapor, los días de levante, en los que la sirena del Adriano se oía en la mismísima calle San Juan.

La de Estudio Garpre, el recuerdo de doña Presentación, con su pincel de pluma de palometa, sus lápices y su difumino retocando fotografías, y la llegada extemporánea del fotoshop; o la de Cinefot, en que veo el calvario de los autónomos en estos tiempos de pandemia.

La reproducción de los carnets de fotógrafos me recuerda a los sindicatos verticales de artistas, que se examinaban ante un jurado, en el Teatro San Fernando de Sevilla, para obtener la acreditación de que cantaban, bailaban o tocaban la guitarra aceptablemente.

Cada fotografía le habla a cada cual de un modo distinto.

El libro, además está muy bien escrito. José Antonio tiene una prosa deliciosa. Cada capítulo es un ensayo que sorprende, porque cada lector irá de sorpresa a sorpresa, como ha discurrido, de sorpresa en sorpresa, la historia de la fotografía.

Luis Suárez Ávila
Abogado